

La *Historia natural y médica* de Gaspar Casal  
en el 250.º aniversario de su muerte

VENANCIO MARTÍNEZ SUÁREZ

Servicio de Salud del Principado de Asturias

**RESUMEN:** *El pasado 10 de agosto se han cumplido 250 años del fallecimiento de Gaspar Casal. Nacido en Gerona, Casal ejerció su profesión en Oviedo durante treinta y cuatro años, aunque desde aquí las noticias de su fama llegaron a Madrid, cuya Corte lo reclamó en 1751 nombrándole médico supernumerario de la Real Cámara. Fue investido miembro de la Academia Matritense y ascendido a protomédico de Castilla en 1752. Siete años más tarde fallecía en la capital del reino. A los dos años de su muerte, en 1762, vio la luz su Historia natural y médica del Principado de Asturias gracias al fervor de su amigo y prologuista García Sevillano. Fue un médico original, extraordinariamente observador y minucioso en sus anotaciones, que desde una pequeña ciudad va a postular valientemente un cambio total de orientación en las maneras de ejercer nuestra profesión. Debe tenerse en un lugar eminente dentro de la historia de la medicina. Su vida y su obra permanecerán definitivamente vinculados a Oviedo y a nuestra región. No en vano se le ha venido llamando el Hipócrates asturiano.*

**PALABRAS CLAVE:** Gaspar Casal. Medicina. Asturias.

Reza la máxima clásica que la historia es maestra de la vida. Sin duda la sentencia, a más de expresiva y bella, es cierta. Parafraseando el decir latino podemos afirmar que no hay mejor maestro para avanzar por el camino del conocimiento científico que la lectura de los libros que hoy son ya historia de la ciencia.

De la *Historia natural y médica del Principado de Asturias*, de don Gaspar Casal y Julián, son varias las enseñanzas que se pueden extraer. Y no es la menos trascendente la puramente humana. Aunque es seguro que nadie mejor que él supo valorar el alcance de su obra, guarda celosamente sus escritos renunciando a vivir el resplandor de su propia gloria. Sólo tras su muerte, por iniciativa generosa de un amigo, ven la luz. Seguro de la misión que le toca desempeñar se recluye en una pequeña ciudad alejada de los grandes escenarios de la vida nacional, y con paso resuelto y tenaz, día a día, guiado por el amor a la medicina, crea una obra universal y logra alcanzar un puesto de honor entre los grandes nombres de la ciencia española.

### *I. Perfil biográfico*

Gaspar Casal nació en Gerona en 1680. Pasó su infancia en Utrilla —lugar de origen de su madre—, desde donde en 1713 se traslada a Madrid. Entre 1706 y 1712 trabaja en estrecha colaboración con el boticario de Atienza Juan Manuel Rodríguez de Luna, a quien en el prólogo de su obra llama «el más excelente naturalista, botánico y químico de cuantos conocí en mi vida<sup>1</sup>», y al que considera su principal maestro en estas materias. En Sigüenza recibe el grado de bachiller y probablemente en su Universidad también el de medicina<sup>2</sup>, a pesar de ser calificado por Marañón de «médico práctico sin título universitario<sup>3</sup>». Hasta 1717 residió en Madrid, afirmando como explicación de su partida: «Me

---

<sup>1</sup> Los comentarios realizados y las citas literales se refieren a la edición Gaspar CASAL Y JULIÁN, *Memorias de la historia natural y médica del Principado de Asturias*, Oviedo, Diputación Provincial, 1959.

<sup>2</sup> J. M. LÓPEZ PIÑERO, «Gaspar Casal: descripción ecológica de la pelagra. Primera enfermedad carencial», *Salud Pública*, 80 (2006), págs. 411-415.

<sup>3</sup> Prólogo a las *Memorias de la historia natural y médica del Principado de Asturias*.

probó tan mal su seco temperamento (muy frío en invierno y muy caliente en verano) que, conociendo el riesgo con que me amenazaba, me vi precisado a dejarlo y marchar para Asturias el verano de 1717». Llegado a Oviedo «teniendo treinta y siete años cumplidos» y «experimentando que con el húmedo temple, y alimentos más fáciles, y ligeros de aquel país, iba cada día mejorando; hice propósito de mantenerme allí toda mi vida». Con el apoyo del duque del Parque, y no sin alguna polémica<sup>4</sup>, fue nombrado en 1720 médico de la ciudad de Oviedo y ya en 1729 del venerable deán y cabildo de la catedral. Fue encargado de la dirección de varios pequeños hospitales de la ciudad —entonces con unos seis mil habitantes— y visitaba a enfermos de toda Asturias y de provincias vecinas. En la capital del Principado contrajo segundas nupcias con la asturiana doña María Rodríguez Fernández Arango y nacieron dos de sus hijos.

Aunque Casal ejerció la profesión en Oviedo durante treinta y cuatro años con notable éxito y satisfacción por su parte, las noticias de su fama se filtraron hacia la meseta llegando a Madrid, cuya Corte lo reclamó en 1751 nombrándole médico supernumerario de la Real Cámara de Fernando VI. Fue investido miembro de número de la Academia Matritense y ya con 71 años asciende a protomédico de Castilla en 1752. Siete años más tarde, el 10 de agosto de 1759, fallecía en la capital del reino después de consumir medio siglo de su vida en la cabecera de los enfermos.

A los dos años de su muerte, en 1762, vio la luz su *Historia natural y médica del Principado de Asturias* gracias al fervor de su amigo y prologuista don Juan José García Sevillano, que no pudo disimular su orgullo al redactar las primeras páginas de una obra «efecto del ingenio, talento y verdadero estudio del doctor don Gaspar Casal».

## II. *El ambiente científico de la época*

La *Historia natural y médica* de Gaspar Casal fue, en efecto, el primer libro serio y documentado de la medicina española. «Cuando un científico (un médico) del siglo XVIII escribía un libro apenas contaba —en decir de Marañón— más que con Hipócrates y con su propia experiencia<sup>5</sup>». Y lo corriente era que interpretase parcialmente y sin espíritu crítico los postulados de Hipócrates o que valorase erróneamente los resultados de sus experiencias terapéuticas. Gaspar Casal fue de los pocos médicos de la época que supo valerse de los co-

<sup>4</sup> P. VILLA RÍO, *Casal en Oviedo. Estudio documental de los médicos, cirujanos y boticarios de Oviedo en el siglo XVIII*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1967.

<sup>5</sup> G. MARAÑÓN, *Vida e historia*, Espasa-Calpe (Colección Austral), Madrid, 1943.

nocimientos del sabio de Coos, depurándolos y contrastándolos, y confirmar la eficacia o inoperancia de sus procedimientos curativos.

Tras las gigantescas empresas de nuestro siglo de oro (artísticas, literarias, políticas) el cuerpo nacional se sume en un completo marasmo, como si hubiese gastado todas sus energías en tantas aventuras creadoras. En el plano político, los últimos Austrias y los primeros Borbones asisten indefensos al reparto de los postreros despojos del Imperio español en Europa. Si prescindimos de sus años de juventud, lo más importante de la vida de Casal transcurre durante los reinados de Felipe V (1700 a 1746) y de Fernando VI, falleciendo el mismo año que inicia su mandato Carlos III. El esfuerzo borbónico por incorporar a España al movimiento modernizador europeo y la influencia del movimiento «innovador» de finales del XVII son elementos que permiten explicar mejor todo lo que en materia científica y médica pudo ocurrir a lo largo del siglo.

El detonante de la Revolución francesa no tardará en extender su onda a través de los Pirineos con los nuevos mensajes culturales y sociales. Y sueñan entre nosotros los primeros nombres que se sublevarán contra lo establecido, asestando un duro golpe a las viejas teorías y proponiendo nuevos modelos para acercarse sin prejuicios a la realidad objetiva y al conocimiento científico<sup>6</sup>. Hay que citar entre ellos al benedictino fray Benito Jerónimo Feijoo, a quien Olóriz llama «monstruo de sabiduría»; al padre Sarmiento, también monje de San Benito, gran pesquisador y proveedor de noticias para la *España sagrada* del padre Enrique Flórez; Torres Villarreal, apasionado admirador de la ciencia moderna; el padre Isla, Fernández de Moratín, Ramón de la Cruz y, a caballo ya del siglo XIX, Jovellanos, Meléndez Valdés, Martínez Marina, etcétera. Gaspar Casal es en esta constelación de celebridades un médico original e instruido que va a postular valientemente un cambio total de orientación en los estudios de la medicina y en las maneras de ejercerla. Para ello se despega de las fórmulas religiosas y mágicas de los albores de la humanidad que, apelando a exorcismos y ritos pintorescos, pretendían devolver la salud a los enfermos. Rompe con las tesis de Galeno, con el dogmatismo de los escolásticos y con las contradicciones y extravagancias de Paracelso.

Pero no todo era vacuidad en la medicina europea de aquella época. Y a Casal le toca conocer la gran obra médica del Renacimiento, la *Humani corporis fabrica* del belga Andrés Vesalio, impresa en Basilea en 1543, que le consagra como el primer anatómico de la medicina; alcanza las técnicas quirúrgicas del francés Ambrosio Paré y el descubrimiento del inglés Harvey comprobando que

---

<sup>6</sup> C. FERNÁNDEZ-RUIZ, *Presencia del Principado de Asturias en la medicina del siglo XVIII*, Oviedo, Boletín del Instituto de Estudios Asturianos (Suplemento de Ciencias), 1963.

la sangre se mueve en círculo a través de venas y arterias. Vesalio y Harvey lucharon solos y muchas veces frente a grandes obstáculos, pero alumbraron con la luz de sus descubrimientos un nuevo camino para la medicina<sup>7</sup>. Otra figura que habría de impulsar la medicina tras la compleja etapa mística de Paracelso y Van Helmont fue Sydenham, que evocando las raíces hipocráticas del arte de curar mereció el sobrenombre de «el Hipócrates inglés». Ya había nacido Casal al divulgar el médico inglés sus primeros bocetos de las especies morbosas, que ateniéndose a la experiencia clínica señalaban la importancia de las notas externas, de los síntomas y signos empíricamente observables para definir la enfermedad<sup>8</sup>; y cuando Leeuwenhoek, comerciante de Delft, inventa el microscopio, con el que posteriormente Malpighi iniciaría la introducción de la microscopía y la histología en el quehacer médico. Debemos apuntar que el médico ovetense conoció un microscopio que el padre Feijoo había comprado a un judío de Amsterdam y que regaló al padre Sarmiento porque «no tenía paciencia para andar atisbando átomos, y así remito el microscopio para que V. Pdad. los atisbe, o haga de este armatoste lo que se le antoje» (Cartas inéditas de Samos<sup>9</sup>).

### *III. La Historia natural y médica del Principado de Asturias*

Los años que vivió en Oviedo permitieron a Casal redactar la *Historia natural y médica del Principado de Asturias*<sup>10</sup>. Puede afirmarse que en toda su extensión el autor hace una relación de observaciones, interpretaciones y juicios que componen el mejor exponente de la medicina española del siglo XVIII. Fue reeditada en Oviedo en 1900<sup>11</sup>, siendo anotada y precedida de unas noticias biográficas de Fermín Canella y de un prólogo del médico y académico madrileño Ángel Pulido, además de incorporar un post-scriptum de Buylla y Sarandeses. Al igual que la anterior, al cumplirse en 1959 el segundo centenario del fallecimiento de Casal, la Diputación Provincial de Oviedo la edita de

---

<sup>7</sup> M. LINDEMANN, *Medicina y sociedad en la Europa moderna: 1500-1800*, Madrid, Siglo XXII de España Editores, 2001.

<sup>8</sup> A. ALBARRACÍN, «Gaspar Casal y el concepto moderno de especie morbosa», *Asclepio*, 35 (1983), págs. 189-194.

<sup>9</sup> G. MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, 4.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1962.

<sup>10</sup> G. CASAL Y JULIÁN, *Historia natural y médica del Principado de Asturias*, Madrid, Oficina de Manuel Martín, 1762.

<sup>11</sup> G. CASAL Y JULIÁN, *Memorias de la Historia natural y médica del Principado de Asturias*, reimpresas y anotadas por A. Buylla y Alegre y R. Sarandeses y Álvarez, con noticias biográficas del autor por don Fermín Canella y Secades y un prólogo del doctor Ángel Pulido Fernández de la Real Academia de Medicina, Oviedo, Escuela Tipográfica del Hospicio, 1900.

nuevo para honrar su memoria<sup>12</sup>, añadiéndose un escrito valorativo de Casal y de su obra por parte de Gregorio Marañón. Acompaña al texto un volumen en el que se incluye la conferencia pronunciada por don Pedro Laín Entralgo en el paraninfo de la Universidad de Oviedo el día 10 de octubre, en la que analiza el pensamiento de Casal y su relación intelectual con la medicina de la época. Más recientemente, en 1988<sup>13</sup>, se realiza una versión facsimilar de la principal con una introducción de Tolivar, gran conocedor de la vida y obra de Casal.<sup>14, 15</sup> Contiene la obra seis textos principales que han sido parcialmente reordenados en sus diferentes publicaciones. El volumen comienza con una presentación («Al público español de sabios eruditos») y un prólogo redactados por el editor García Sevillano, otro prólogo del propio Casal y una carta anónima cuya autoría se atribuye al padre Martín Sarmiento. En el primero (*Historia físico-médica del Principado de Asturias*) Casal hace en veinte capítulos un estudio del ambiente físico de la región (ubicación de los pueblos, aguas, vientos y clima) salpicado de continuos comentarios y casos clínicos de gran interés. Toda esta extensa porción de la historia natural es un magnífico alarde de su fina capacidad de observación y de conocimientos desde una posición médica ambientalista de clara raíz hipocrática. En la *Historia de la constitución de los tiempos, y de las enfermedades epidémicas*, hace una detallada relación de los procesos aparecidos con carácter epidémico en periodos concretos (1719 a 1721, «catarros ferinos» de 1724, de 1747 a 1750). En la *Historia de algunas afecciones endémicas en esta región*, Casal se ocupa del estudio de la sarna, la lepra, el «mal de la rosa» y el «asma hidropiforme de los pulmones». Casi la mitad del texto está dedicado a la descripción «De la afección que en esta provincia se llama vulgarmente mal de la rosa». Aquel 26 de marzo de 1735 en que empieza a «examinar a los enfermos y escribir cuanto contestaban a las preguntas, oportunas o importunas», entregaba para la historia el primer estudio clínico de una enfermedad carencial<sup>16</sup>. Decisivas para la trascendencia de estas páginas fueron —según anota Canella— las relaciones mantenidas por Casal con el médico de Luis XV Thiery, lo que permitió que éste «facilitase en extracto los trabajos del médico español a Chomel, decano de la facultad de París, donde fueron leídos en 1755 en solemne reunión de *prima mensis*, quedando así sancionados en el

---

<sup>12</sup> G. CASAL Y JULIÁN, *Memorias de la Historia natural y médica del Principado de Asturias*, Oviedo, Diputación Provincial, 1959.

<sup>13</sup> G. CASAL Y JULIÁN, *Historia natural y médica del Principado de Asturias*, ed. facs., Oviedo, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, 1988.

<sup>14</sup> J. R. TOLIVAR FAES, *Los enfermos de Casal*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1981.

<sup>15</sup> J. R. TOLIVAR FAES, «Introducción» a la ed. facs. de la *Historia natural*.

<sup>16</sup> D. GARCÍA GUERRA y V. ÁLVAREZ ANTUÑA, *Lepra asturiensis. La contribución asturiana a la historia de la pelagra (siglos XVIII-XIX)*, Universidad de Oviedo, Estudios sobre la Ciencia (19)/Madrid, CSIC, 1993.

campo de la ciencia<sup>17</sup>». En cuarto lugar se recoge la *Carta a los sapientísimos doctores en medicina de la ciudad de París* (con fecha de 31 de octubre de 1733 y respuesta del 24 de diciembre del mismo año), en la que solicita su consejo sobre la aplicación de un tratamiento con «unciones mercuriales» de un desgraciado caso y en la que Casal relata con gran detalle la cronopatía del proceso. A continuación refiere la *Historia del sucino o ámbar asturiano* que le proporciona su amigo y dorador Francisco Cobián y sus metódicas elucubraciones sobre las minas de Beloncio (Piloña) y Arenas (Siero). El último texto —de ocho apartados, una «confirmación» y, en su tramo final, una «reflexión» y apéndice— es un «brevísimo tratado, en que con experiencias se declara que para entender las importantes doctrinas y sentencias de Hipócrates, valen más las observaciones prácticas que la lectura y estudio de los comentadores de ellas».

#### IV. La influencia de Hipócrates

Hay una clara influencia de Hipócrates en la *Historia natural y médica del Principado de Asturias*<sup>18</sup>. El de Hipócrates, «el doctísimo Anciano», es significativamente el primer nombre al que Casal hace referencia en su texto. Pero la obra casaliana se hace personal y propia en un producto depurado, corregido y aumentado, que resulta de someter las viejas doctrinas a un continuado toque de meditación refrendado por la experiencia. Parece que la filosofía de su actitud sanadora estuviese señalada en el primero de los preceptos del sabio griego cuando recomienda que «el que practique la medicina no se atenga a una teoría creíble en principio, sino a la experiencia razonada<sup>19</sup>». Así, Casal fue consciente de los errores anatómicos y fisiológicos del Padre de la Medicina, y sabía que la patología humana no podía reducirse a la pura alteración de los humores y a sus posibles percances. Pero supo también —aplicándolo directamente en su propio proceder— que intentaba en todo momento expurgar sus teorías de extraños contenidos religiosos, persiguiendo siempre una indagación razonada y lógica de los fenómenos. No obstante, la fidelidad de Casal a Hipócrates se detecta fácilmente comparando la similitud descriptiva de muchos cuadros patológicos o la valoración de síntomas aislados observable en las dos obras.

La eucrasia, o mezcla armónica de los cuatro humores que componen el organismo (sangre, flema, bilis y atrabilis), se altera (discrasia) al sobrevenir

<sup>17</sup> F. CANELLA Y SECADES, *Noticias biográficas de D. Gaspar Casal*, Oviedo, 1900 y 1959.

<sup>18</sup> V. MARTÍNEZ Y C. JUNCEDA, «Raíces hipocráticas en la *Historia natural y médica* de Gaspar Casal» *Invest. Clin.*, 6 (2003), págs. 72-76.

<sup>19</sup> HIPÓCRATES, *Tratados hipocráticos*, Madrid, Alianza, 1996.



la enfermedad. El trasiego anormal de los humores crea manifestaciones —nacimiento del síntoma— en la región que abandonan o en aquélla en la que se vierten. Los humores «crudos» en su estado normal se tornarían «cocidos» con la fiebre y se separarían o descargarían en la crisis. Vómitos, diarreas y destilaciones son el esfuerzo del cuerpo para expeler los malos humores y devolver al individuo enfermo la armonía que es la salud y la eucrasia. El organismo —deduce Casal— es su propio médico y hay que ayudar a la naturaleza y no entorpecer su potencia medicatriz. Por eso su terapéutica es tantas veces expectante y fiel al «*primum non nocere*» del maestro.

Veamos algunos párrafos de Casal que denuncian esta ascendencia hipocrática: «Las partes superficiales del cuerpo, y especialmente las piernas, son los más oportunos emuntorios de que la naturaleza por sí misma, sin ayuda ni socorro del arte, se sirve para depositar y expeler aquellos superfluos y morbosos jugos, que en lo interior del hombre causarían gravísimos estragos». Nótese aquí su fe en la «*vis medicatrix naturae*» (la naturaleza sin ayuda del arte) y su creencia de que muchas erupciones, como la sarna, «al salir hacia fuera» y mostrarse como remate de ciertas enfermedades, son el final de la discrasia. En otro pasaje dice que «el vicio de poca pureza en las entrañas, ya sea por obstrucciones escirrosas, ya por malos humores embebidos en ellas, o ya por corruptela de su misma substancia, es causa de que se fabrique una mala sangre, que distribuida por el cuerpo, embaraza la conveniente nutrición y aumenta la no conveniente».

La doctrina hipocrática adquiere en Casal un concepto dinámico. Si la enfermedad era alteración humoral y, si acaso, anatomía alterada, ahora podía ser también fisiopatología. Los órganos del cuerpo desarrollan funciones específicas. Admitir que existe entre todos ellos «grande simpatía y conexión» equivale a aceptar la unidad funcional del organismo. La tesis patogénica parece querer engranarla con las siguientes palabras:

Es imposible que las curaciones vayan arregladas al interior mecanismo del cuerpo humano hasta que los médicos, con tanta caridad como tienen en su arte los excelentes relojeros, lleguen a conocer el número, tamaño, figura, disposiciones, oficios, movimientos, conexiones y demás requisitos, de cuantas partes sólidas y líquidas lo componen y lo conservan sano; y aún esto no sería bastante, sin que al mismo tiempo lograsen ciencia cierta de todas las causas capaces de perturbar y pervertir el orden y armonía con que deben concurrir dichas partes, para que las funciones naturales se celebren con la perfección que se les debe.

Casal sigue la moda clásica en la aceptación de las causas de enfermedad, creyendo en la participación de factores constitucionales o internos (infe-

rioridad de los órganos como en las caquexias, destilaciones anormales de los mismos como en los bocios) y en la no menor de causas naturales externas tan traídas y llevadas por Hipócrates (vientos, lluvias, aguas, terrenos, frío, humedad, calor y alimentos), embrión de la moderna meteoropatología. En el libro I de *Las epidemias* del maestro griego<sup>20</sup> se dice: «En la isla de Tasos hubo en el otoño, por el tiempo del equinoccio y de las Pléyades, abundantes, suaves y sostenidas lluvias, porque dominaba el tiempo sur. El invierno fue seco, con viento sur dominante y poco viento norte». Y Casal inicia así su descripción de las epidemias de 1719 y 1721: «Desde el año 1719 hasta 1721 predominaron mucho los vientos australes en este país de Asturias; y especialmente en el otoño de 1720 fueron continuos hasta el 25 de diciembre; pero desde este día, trocándose los tiempos de muy calientes a sumamente fríos, vinieron unos hielos tan penetrantes que, con especialidad por las noches, no había tolerancia en los vivientes para resistirlos».

Comenta la relación entre una epidemia de viruela y «los vientos ábregos, tan violentos que movían los edificios, y las nieves con carámbanos en los tejados de una vara de largo». Y tanta importancia concede a los accidentes atmosféricos que no falta el capítulo en el que, en indisoluble maridaje, «prosigue la historia de las enfermedades y del tiempo». Hace una minuciosa cronopatía de la tuberculosis, observando la acumulación de las defunciones en los meses de marzo y abril, anticipándose a las teorías de los flaqueos primaverales de la inmunidad en los tísicos y sus consecuencias.

Casal intuyó, con admirable clarividencia, la existencia de causas de enfermedad más eficaces que «aquéllas que los sentidos corporales perciben en la atmósfera y en los productos del suelo». Habla de «mínimos átomos que componen y constituyen dichos miasmas o venenos» presintiendo, con más de un siglo de anticipación, el nacimiento de una nueva rama —la patología microbiana— en el frondoso árbol de las especialidades médicas. Como si hubiera leído al escritor romano Terencio Barrón —escribe Jesús Martínez<sup>21</sup>— cuando señala cómo «en los lugares húmedos se originan animales en extremo pequeños, que no se alcanzan a percibir con los ojos, y que con el aire que respiramos entran en el cuerpo y causan grandes enfermedades», intenta penetrar un hito más en el misterio, sin despejar el interrogante de sus «ocultísimas configuraciones, contexturas, movimientos y disposiciones».

Pero el apogeo de su celebridad mundial lo alcanzó con el reconocimiento de la «especie morbosa» que describe impecablemente con el nombre de *mal*

---

<sup>20</sup> *Ibidem.*

<sup>21</sup> J. MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, *Perfil de Gaspar Casal*, Oviedo, 1961.

*de la rosa*, y que hoy se denomina pelagra o avitaminosis P-P, originada por una carencia en la dieta de una vitamina identificada como ácido nicotínico. No tiene menos mérito su presentimiento manifiesto de que la afección pudiera ser debida a un régimen alimentario anormal o deficitario<sup>22</sup>. La lectura reflexiva de su «Tratado de las endemias» no deja lugar a dudas acerca de la visión profética de nuestro clínico eminente. Todo suena a vitaminología cuando habla del «fermento, o llámese como quiera, que constituye la causa próxima de esta enfermedad». Algo, pues, pequeño, insignificante, pero con notables efectos sobre la nutrición. Parece dar por sabida la naturaleza de la pelagra al afirmar que «el cambio de los alimentos ordinarios por otros más substanciosos y alimenticios era utilísimo para disminuir esta enfermedad». Sólo le falta a Casal asistir con Goldberger a la reproducción experimental de la enfermedad en los penados sometidos a dietas carenciales, compartir con Elvehjem el emocionante proceso de la síntesis química del ácido nicotínico y llegar a saber los miligramos de sustancia nutritiva contenida en las vísceras de animales, en la carne, en el pescado, en los tomates y en los guisantes —alimentos que curarían el mal de la rosa en mínimo aporte diario— y su ausencia total en la harina de maíz, en el tocino y en algunas frutas que tanto consumían sus desconsolados pacientes<sup>23</sup>.

A la hora de la prescripción Casal ejerce la terapéutica abstencionista de Hipócrates para no estorbar el curso de la naturaleza. Estimula, en todo caso, sus propios recursos curativos con dietas y hábitos higiénicos adecuados y se muestra discreto en el empleo de purgas, sangrías y enemas, distanciándose un tanto de su utilización casi sistemática por el maestro. Pero no duda en ensayar toda suerte de remedios cuando se encuentra desarmado ante una grave enfermedad. En una epidemia de tos ferina acaecida en Oviedo en 1724, aplica diez y ocho tratamientos distintos ansioso por encontrar una solución a la grave epidemia que únicamente produjo —confiesa con cierta satisfacción— una defunción por cada diez niños enfermos<sup>24</sup>.

Pero donde mejor exhibe su arsenal terapéutico es cuando se rinde incapaz ante la hecatombe orgánica del asma hidropiforme de los pulmones:

No cede ni con las cisuras en la vena, hechas en forma y lugar según las reglas metódicas; ni la rígida índole de la enfermedad se mitiga con antiespasmódicos; ni la causa que la produce disminuye con vomitivos catárticos o discráticos; ni se mitiga su furor con paregóricos; no se ensanchan los conductos de la respiración

---

<sup>22</sup> GARCÍA GUERRA y ÁLVAREZ ANTUÑA, *op. cit.*

<sup>23</sup> J. MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, *Segundo centenario de un libro «piloto»*, Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos, 1962.

<sup>24</sup> J. MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, «Pediatria en la obra de Gaspar Casal», *Acta Pediatr. Esp.*, 19(1961), pág. 45.

con los expectorantes; no se moderan con anodinos los violentísimos sacudimientos del pecho ni el descanso del sueño es duradero sin próximo peligro de asfixia; los desordenados movimientos del corazón y las arterias no se regularizan con cordiales; la frecuente debilidad de los enfermos les postra sin poder reponerse; la dureza y sequedad de los pulmones no se suavizan ni humedecen con fomentos; no se cura con bálsamos la lesión interna; no apagan su ardiente sed las aguas nitrosas, ni con vejigatorios ni con corrimientos se modera la ansiedad del pecho; ningún cocimiento, ni el mismo mercurio, producen efecto; pues en algunos se ha aplicado éste, creyendo que con la enfermedad había alguna enfermedad venérea y no he obtenido resultado alguno.

Gaspar Casal fundamenta toda su filosofía médica, sus conocimientos y hasta su ética y estilo profesionales en la obra de Hipócrates, al que llama admirativamente «el grande», «el doctísimo» y el «sublime». Muchas veces habría pasado rendido por el cansancio del trajinar diario leyendo y releendo las obras del maestro cuya relación el mismo nos dejó consignada: *Morbis popularibus, aëre, aquis et locis, De dieta, De natura humana, De veteri medicina, De epidemias, De morbus sacer, Constitutione temporibus, De interna affection, De medicamentis purgantibus y Aforismos*.

A pesar de advertirnos en las páginas preliminares que procurará «citar pocas autoridades», en las treinta y cuatro referencias de primera mano contenidas en las cuatrocientas páginas de su obra apela a Hipócrates 63 veces, en tanto lo hace a los demás autores en la siguiente proporción, alfabetizada y cuantificada por Jesús Martínez<sup>25</sup>: Francisco Bacon, barón de Verulamio (8), Bagivlio (6), Ballonio (1), Francisco Bayle (3), Pablo Barbet (1), Boerhaave (7), Gaspar de los Reyes (1), Juan Doleo (2), Luis Dureto (25), Etmullero (17), Juan Fernelio (3), Galeno (5), Lorenzo Heister (1), Helmocio (1), Juan Heurnio (1), Federico Hoffman (9), Ioh Ioach Bech (1), Kergero (1), Lemerio (2), Próspero Marciano (7), Martín Martínez (3), Juan Merinelo (2), Cipriano Maroja (1), San Mateo (1), Nicolás Monardés (1), Carlos Musitano (1), Plinio (1), Riverio (1), Jaun Manuel Rodríguez (1), Senero (6), Sydenham (4), Lucas Tozzi (1), Vallés (4).

Este índice onomástico refleja bien el ímprobo trabajo que se impuso Casal en los últimos años de su vida para recopilar informaciones y ponerse al día acopiando todo lo antiguo aprovechable. Giorgio Bagivlio, cuya *Morborum successionibus* cita seis veces, explica anatomía en Roma hacia 1700. En este mismo siglo ven la luz las *Institutiones medicae* y los *Aforismos* de Boerhaave, a los que recurre en siete ocasiones. La *Chirurgiae* de Heister se publica en 1718. Con-

---

<sup>25</sup> MARTÍNEZ, *Perfil de Gaspar Casal*.

temporáneo de Casal es también Carlos Musitano, el sacerdote y médico italiano perito en enfermedades venéreas. Y de su ayer inmediato son Nicolás Monardes, de Sevilla —que hizo una prolija descripción de la angina diftérica—, Heurnio, Fernelio, Gaspar de los Reyes y el francés Luis Dureto —cuya autoridad esgrime en veinticinco llamadas—, médico de Carlos IX y de Enrique III, ídolo de Casal, «sapientísimo —confiesa— y cuyo libro tengo siempre en la mano».

Tal es en síntesis la obra de Gaspar Casal, en la que evidencia una gran talla científica, una gran capacidad curadora e investigadora, un ojo escrutador, una extraordinaria inquietud mental, que lo llevaron explorar cuanto tuviera contacto con la vida, compartiendo con el padre Feijoo en la humilde celda de San Benito las emociones de las más diversas indagaciones y de los más curiosos experimentos, que refleja también en toda su extensión el perfil de su alma en una sincera y completa autobiografía.